

PRESENTACIÓN

Hacia el año 1559, aguardando su salida para dirigirse a la novísima misión peruana, su primer líder, el sacerdote español Jerónimo Ruiz del Portillo, escribía de manera entusiasta al Padre General, Francisco de Borja, las siguientes líneas: *“Esta misión importa a toda la Compañía, y que vamos a la mira del Rey y del Reino despaña, y con expectación que ha de hacer la Compañía grandes cosas, y aunque a Dios todo es posible, pero quiere que hagamos de nuestra parte todo lo posible.”* Estas palabras llenas de ánimo y buena fe resuenan en contrapunto con una frase de Ignacio de Loyola que Pedro de Ribadeneira recordaba haberle oído decir con frecuencia: *“Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios”*. La confianza y la certeza de que todo estaba en manos del Creador no eximía a los jesuitas de creer que todos sus esfuerzos alcanzarían sus objetivos.

Los misioneros llegados al Perú vinieron como parte del proceso expansivo que le tocó vivir a la orden en Europa, donde había ido echando raíces gracias a los colegios que, pese a no haber estado en el origen de la inspiración de san Ignacio, terminaron siendo los ejes de acción de la Compañía. Si bien su dedicación a la educación es lo que más impregnó el imaginario de Occidente, lo cierto es que los jesuitas deben su origen a un impulso misionero que surge en el contexto de la crisis eclesial del siglo XVI.

Durante mucho tiempo, se encasilló a la Compañía gestada por el noble vasco de Loyola como punta de lanza de la llamada “contrarreforma”, ese movimiento reactivo que tuvo la Iglesia católica ante la inesperada proliferación, más o menos al mismo tiempo, de las propuestas de Lutero, Calvino o Zwinglio en el centro de Europa. No cabe duda de que el espíritu de reforma interior a la iglesia, en España, incentivó el sentir de cruzada que inflamó a Ignacio para proclamar

que la fe debía defenderse antes de que se erosionara la unidad eclesial, simbolizada en la figura papal. “*Ite, inflammate omnia*” es lo que proclama la imagen de san Ignacio, difundida, ya entrado un siglo de historia de la orden, como su “vera efigie”. Habiendo hecha suya la llamada apostólica de los primeros tiempos del cristianismo, los jesuitas fueron enviados a todo el mundo casi desde el momento en que su fundador se decidió a dirigir, desde su pequeña *camareta* en Roma, a una milicia de quienes serían pronto miles de hombres apasionados por predicar el Evangelio bajo la bandera del “Vicario de Cristo”, el Papa.

Llegados a América, por primera vez al Brasil y, luego, al Perú (después de algunos fallidos ensayos en territorio norteamericano), los jesuitas hicieron de los colegios centros neurálgicos desde los que diseñaron operaciones de expansión en el territorio para poder asegurar una real y masiva conversión de los nativos del Nuevo Mundo. Cabe resaltar que la formación espiritual y humanista recibida por los misioneros antes de llegar al Perú, les hizo más sensibles a la comprensión de las diferencias y poder, teológicamente, rastrear las huellas de la revelación de Dios en otras culturas. Esta apertura la mostraron en las lejanas misiones de China donde, con audacia, ensayaron formas litúrgicas en las que la lengua nativa se incorporó junto a enraizados rituales a los ancestros, al interior de los formatos traídos de Roma. Esta práctica no demoró en generar disconformidad con las autoridades metropolitanas, que terminaron por prohibirlas y, con ello, cerraron el camino a una teología inculturada.

Los jesuitas incursionaron en distintas ramas del saber humanista no por un mero interés erudito, sino porque consideraban que transmitir el mensaje de Cristo requería un tipo de organización humana que se enriquecía por su sentido político, en el más amplio sentido de la palabra. Dicho de otra manera, la “evangelización” no se desentendía de un trabajo de ordenamiento y de dignificación de la vida en sociedad. Hoy en día, cuestionaríamos una imposición venida de fuera, con poco aprecio a las formas originarias de las culturas locales. Pero esta es una idea demasiado contemporánea como para proyectarla al pasado. Sin embargo, la Compañía de Jesús fue dándose cuenta de la riqueza de esas viejas sabidurías al punto de haber alentado experimentos que hoy

llamaríamos “interculturales” y que, ciertamente, pudieron atemorizar a espíritus necesitados de codificaciones de la realidad que no dejaran lugar a la ambigüedad.

Los jesuitas en el Perú estuvieron en distintas regiones en las que los colegios fueron espacios en que podían residir con cierta holgura, para retomar fuerzas y emprender periódicamente sus salidas a regiones inhóspitas, en donde creían que la fe corría el riesgo de perderse o tergiversarse. En ese constante vaivén, se produjeron en ellos desplazamientos cognitivos y espirituales, con la consecuente producción de un pensamiento que hasta la fecha permanece relativamente ignorado, debido a la falta de investigación de los archivos que, en el caso de esta orden religiosa, sufrió irre recuperables pérdidas y dispersiones. Efectivamente, en el año 1767, la Compañía de Jesús fue suprimida en el mundo católico por razones diversas, aunque todas ellas vinculadas a la desconfianza que las nuevas monarquías ilustradas veían en el vínculo entre Roma y la Orden de san Ignacio: calificándola como una amenaza para los cambios que se estaban viviendo en Europa. Pero esta fue una sola de las aristas de las razones, que permanecen más en la dimensión de la subjetividad que en la objetividad de la historia.

En el Perú, los jesuitas retornaron en 1871 retomando aquello que los había distinguido en el pasado, abriendo colegios y colaborando en sus alrededores. Pero no fue sino hasta el siglo XX que, acontecimientos como el Concilio Vaticano II y los cambios sociales de los años sesenta de aquella época, influyeron en los compromisos que los jesuitas del Perú fueron asumiendo y que cobraron forma a partir de proyectos de gran envergadura, como la red de colegios Fe y Alegría, y los centros sociales, junto a su articulación con la educación popular que, a la luz de la inspiración en Paulo Freire, cambió el panorama de la presencia jesuita en el país y la hizo más cercana a lo que había sido su perfil antes de la expulsión en el siglo XVIII.

El quehacer de la historia, impulsado desde el mismo corazón institucional desde tiempos muy tempranos en la Compañía, gracias al General Claudio Acquaviva a fines del siglo XVI, hace que el jesuita haga memoria de los caminos recorridos ya que este es, además, un principio espiritual que guía el día a día de los compañeros de Jesús.

Cada jornada, en el *examen de conciencia*, contempla los *lugares* en que ha estado presente Dios, estimulando su búsqueda en el actuar cotidiano. De esta manera, hacer historia es hacer memoria de cuán eficientes podemos ser en las distintas labores que se asumen como medios para conducir personas, instituciones e ideas, hacia Dios y hacia un mundo más justo. Un sugerente examen sobre el pensar histórico en la Compañía, a cargo de Pierre-Antoine Fabre, abre este número. En él, el reconocido historiador observa el modo en que los jesuitas se percibieron a sí mismos, en la tensión entre modernidad y antimodernidad, que a su vez sugiere ecos de la tensión entre razón y fe, acción y contemplación, algo tan esencial en la experiencia fundante de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio.

Esta introducción nos ayuda a disfrutar los aportes de historiadores que, en años recientes, han ido investigando el todavía poco explorado tema jesuítico de nuestro pasado peruano. Contrariamente a lo que sucede en otros países de Latinoamérica, en los que la tradición jesuita ha tenido un peso gravitante en la investigación histórica; en el Perú, ello no se ha producido por causas múltiples. La más importante tiene que ver con la dificultad para el financiamiento de investigaciones en el campo de las humanidades o las ciencias sociales. Así, un importante capital de información queda aún oculto en archivos locales —por lo demás, muchos de ellos sometidos a la indiferencia de las autoridades— y extranjeros, alejados de la posibilidad de estudiosos que no cuentan con el apoyo suficiente como para realizar pesquisas que requieren un trabajo pausado y en el que la sedimentación de un análisis y reflexión solo pueden dar fruto luego del transcurso del tiempo. No debe pues extrañar que sean peruanistas, de países que cuentan con una tradición de apoyo a la investigación, quienes descubren en el Perú un caudal que motiva su curiosidad e interés. A ellos hemos recurrido para navegar en el pasado jesuita de nuestro país que pareciera todavía atado a los trabajos que hiciera el Padre Vargas Ugarte a mediados del siglo XX.

De otro lado, no deja de ser interesante que, en los últimos años, la aparición de redes de investigadores del fenómeno jesuita avizore un futuro que puede redundar en beneficio de la profundización de estos estudios en el Perú. La *Société Internationale d'études jésuites*, fundada y

presidida por Pierre-Antoine Fabre, así como el *Institute for Advanced Jesuit Studies* en Boston, se suman al esfuerzo de las llamadas *Jornadas internacionales sobre las misiones jesuíticas* que, desde el año 1982, han ido congregando a académicos de Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia. Este foro de carácter interdisciplinario ha ayudado a la proliferación de estudios sobre la región. Estos ejemplos aún no llegan a inspirar suficientemente a la región del Pacífico, por lo que este número del Sílex es, hasta cierto punto, un aporte esperanzador.

Nuestro sueño es propiciar que los jóvenes investigadores se animen a seguir desentrañando las numerosas claves que aún quedan en el olvido de esta presencia jesuita en la historia peruana. Vínculo complejo a la vez que entrañable, entretelado a lo largo de 450 años.

El director